

Crítica de libros:

LONDRES, CIUDAD ÚNICA

Steen Eiler Rasmussen

Ed. Fundación Caja de Arquitectos. Colección arquia/temas, núm.31

303 págs.

El libro sobre Londres del profesor y arquitecto danés Steen Eliel Rasmussen (1898-1990) se publicó en 1934 en Dinamarca y se tradujo y editó en inglés hacia 1937. Quien escribe lo conoció y leyó, hace ya mucho tiempo, mediante la edición italiana (Officina Edizioni, Roma, 1972), que incluye un corto prólogo de Manfredo Tafuri, algo desdeñoso desde el punto de vista ideológico. Puede asegurarse que, en gran medida, la admiración de quien escribe por la gran capital británica, aunque fuera entonces una cosa tan de época, procede de la lectura de este conocido estudio, repetida en inglés hace pocos meses. Hoy, 76 años después de su primera edición, el libro se publica al fin en castellano. Enhorabuena a la Fundación Caja de Arquitectos, consolidada ya como una de las mejores editoriales españolas, pues más vale tarde que nunca.

El libro relata la historia de la ciudad y examina sus características, haciendo hincapié en lo que el profesor Rasmussen consideraba absolutamente esencial: la gran extensión de la ciudad, casi indefinida, y que contaba así, y cuenta, con una densidad muy limitada y consecuentemente con una muy grande cantidad de espacios libres. Esto es, puede decirse que se trataba desde siempre de una ciudad jardín, mito decimonónico que Rasmussen, decidida y lógicamente, venera de forma extraordinaria, incluso por lo que corresponde a su condición nórdica. Una ciudad jardín histórica, para Rasmussen la mejor ciudad posible, la única ciudad perfecta.

Es de notar que el profesor danés no cultivaba, al menos en este aspecto (y como sí lo hicieron muy a menudo tantos otros de sus compañeros nórdicos) el mito y la nostalgia del mediterráneo, lo que le hubiera hecho valorar quizá la ciudad de piedra, la ciudad de las plazas y las calles, con el espacio libre y verde sólo en forma de patios, huertas y jardines, privados e interiores y, como mucho, rodeada del campo. Pues la ciudad antigua, originaria, es la oriental, la mediterránea, claro es; la ciudad de las casas patio, la ciudad compacta. La reivindicación de Londres, como ciudad opuesta a la mediterránea, es para Rasmussen el olvido de la ciudad antigua y sureña para reivindicar la moderna y nórdica. La ciudad abierta, húmeda y verde, de edificación exenta y abierta al paisaje. En buena medida, la ciudad propia, pues. O la que hubiera debido de ser propia de los países nórdicos, al menos, pero que Rasmussen ha encontrado plasmada como arquetipo no exactamente en ellos, sino en el Reino Unido. En la gran capital del Reino Unido. Este feliz encuentro le permitió liberarse del ejemplo histórico de la antigua ciudad latina, para él bastante exótico en definitiva, y reivindicar así un tipo de asentamiento urbano que puede considerar verdaderamente como suyo.

El secreto de Londres para ser "la mejor ciudad" es, según Rasmussen, el de "*desarrollar una civilización que ha ido creciendo de una manera natural y espontánea*". La independencia

política y la libertad fueron para él las claves de esta espontaneidad, así como la afición a la casa unifamiliar y a la vida al aire libre. La intensa mitificación de esta “vida al aire libre” y del deporte, tan inglés, parece olvidar, sin embargo, el cultivo del deporte en las ciudades de la Grecia clásica; esto es, en una antigüedad que había consagrado, como hemos dicho, muy otro tipo de ciudades.

Ciertamente, tal parece que Londres no está planificada. Sí lo está, en realidad, sobre todo modernamente, pero no, al menos, desde el punto de vista geométrico. Puede decirse que apenas tiene lo que llamamos *trazado*. Rasmussen explica como se trata de un producto espontáneo, de un crecimiento *orgánico* y *natural*. London (lo que hoy es la *City*) era la ciudad de los burgueses, de los ciudadanos y comerciantes, próxima pero no unida a Westminster, la ciudad del Rey (o el territorio del Rey, más que una ciudad), que no la dominaba. Ni a London ni a los pueblos próximos, que se fueron uniendo a la ciudad con el tiempo, y a medida que crecían. Se hizo así una gran población sin trazado en cuanto había podido crecer exenta de imposiciones políticas sobre el territorio, una ciudad compuesta casi únicamente por la sumatoria de viviendas y con amplios parques y espacios libres. Rasmussen parece adjudicar a la libertad política y hasta a la democracia, que tan frecuentemente se ha asociado a la vida inglesa (aunque ahora podamos ver esta democracia como algo muy débil e incompleto) la idea de ciudad que Londres significó.

El análisis de Rasmussen es muy completo. Pasa revista a la historia y al crecimiento de la ciudad, al análisis de sus áreas libres, jardines y parques, de sus vías de comunicación y transportes, y se completa con el del caserío y de los espacios que forma. En este fundamental asunto, tan básico para él, la vivienda como componente esencial de la ciudad, Rasmussen estudia sobre todo el arquetipo de casa londinense, la que se llamó *georgiana* al haber alcanzado su esplendor en los reinados de los reyes “Jorges” del siglo XVIII, y culminando en el de Jorge IV, el que fue primero Príncipe Regente, protector y mecenas de John Nash, a finales del siglo y ya en el XIX.

No es de extrañar este detenimiento en estas viviendas y su alta valoración, pues son efectivamente un modelo urbano muy atractivo. Baste pensar que son las piezas que forman las deliciosas *squares*, así como las *terraces* y los *crescent*, piezas de pequeño urbanismo tan importantes para la calidad ambiental de la capital británica, y que impusieron un atractivo orden espacial e inmediato, que era tanto más necesario ante la inexistencia de los trazados de escala más amplia.

Pero además, y como es bien conocido, las casas georgianas fueron un modelo de vivienda muy inteligente y especialmente atractivo. Son viviendas verticales de 5 pisos. Empiezan debajo por el sótano, que se ilumina delante por el patio inglés, que suele estar por detrás al nivel del *yard*, y que tiene acceso propio. La planta baja y la primera recogen los espacios públicos de la casa, y la principal es la más alta de estas dos, que queda así en una altura intermedia, dominando las circulaciones verticales. Encima, dos niveles de dormitorios. Una casa fiada a la circulación por la escalera, desde luego, y en este sentido una casa deportiva.

Estas estrechas y altas unidades tenían un alto valor urbano, pues servían para configurar cualquiera que fuese el espacio público, ante el que se presentan sumisas como elementos

compositivos versátiles, quedando libres, funcionales y distintas por detrás. Delante son piezas que componen las plazas y los *crescent*, lo que fuera necesario, pues incluso pueden disfrazarse de palacios, como a menudo hicieron. Son casas con patio propio y muy urbanas, y en este sentido parecen participar de los valores de la ciudad mediterránea, resolviendo cuestiones de compacidad y de espacialidad colectiva que en aquéllas no se planteó. Durante los siglos XVII, XVIII Y XIX estas casas fueron de fachada sobria y clásica, con huecos verticales y proporcionados. Dice Rasmussen al respecto: "*Londres es una ciudad con una arquitectura de primera categoría y [...] Bedford Square una de las plazas más elegantes del mundo*".

"Londres, ciudad perfecta", debería haber sido el título del libro, si Rasmussen se hubiera atrevido a reflejar exactamente su pensamiento. Pero no hay perfecciones bajo la capa del sol, como es bien sabido, tan sólo ciudades narcisistas. Londres, como Barcelona, lo es, y Rasmussen probablemente haya sido en buena medida el responsable de ello al olvidar sus defectos y problemas. De entre todos ellos, él reconoce sólo el del transporte, esto es, la gran necesidad de transporte que se produce por parte de las gentes a causa de una ciudad tan extendida. Hablaremos de algunos otros.

La mitificación de la espontaneidad urbana –esto es, de la falta de trazado- hace decir al autor que fue bueno que la "City" no reformara su plano después del pavoroso incendio de 1666. Pues, contra el deseo del Rey, no se aprobó el nuevo trazado propuesto por Wren, que era el que había elegido el monarca, y todo solamente para evitar las molestias que la reparcelación hubiera causado a los propietarios. Rasmussen llega a acusar a Wren de querer imitar a París con su propuesta, lo que no es acertado ni en cuanto a la geometría ni en cuanto a la escala. Wren, como los demás, intentaba eliminar el absurdo y viejo callejero medieval, entonces sin sentido después del desastre de la desaparición completa del caserío.

A quien escribe no le cabe duda de que, por democracia (?) o no, conservar el viejo plano fue un gran error, y que hubiera sido magnífico trazar la ciudad propuesta por Wren, por Evelyn o por Hooke, si se hubiera preferido la de estos últimos. Cualquiera de los planos que ellos hicieron hubiera evitado la forzada reconstrucción sobre las trazas medievales, que tomó características verdaderamente ridículas con el paso del tiempo, como cuando ya en el primer tercio del siglo XX, y pasadas las ansias románticas victorianas, se hizo la tremenda operación especulativa mediante arquitectura tardo-clásica, en buena medida protagonizada por la generación de Lutyens, y que Rasmussen tuvo que conocer. Quizá la arquitectura académica tuviera los medios para soportar algo tan forzado, pero de aquello quedaron algunas cosas tan antipáticas como la brutal transformación del Banco de Inglaterra de Soane por parte del desafortunado académico Baker, compañero de Lutyens en la aventura de New Delhi. Hoy puede verse perfectamente todavía gran parte de esta forzada y neo-tradicional ciudad de negocios.

Pero, desde las décadas finales del siglo XX y hasta la que acaba de pasar del XXI, una segunda y feroz especulación ha vuelto a colmar la City, esta vez con arquitectura ¿moderna? Puede decirse que el viejo plano y la ciudad misma han estallado, sencillamente, y si en la ocasión anterior el clasicismo tardío sirvió en buena medida de monumental disimulo, el sector se ha convertido hoy en un lugar completamente ridículo, uno de los más feos del mundo, imagen

fiel de la inmoralidad financiera que esconde. ¿Se debe ello a la conservación del viejo plano? De algún modo puede decirse que sí, aunque haya contribuido también muy notablemente la especial decadencia de la arquitectura profesional británica, en paralelo con la que arrastra igualmente buena parte de la arquitectura mundial en los tristes años que en este aspecto vivimos.

Pero, enamorado de la ciudad *georgiana*, Rasmussen no dice nada acerca de la *victoriana*. Esta cuestión es clave, pues, al entender de quien escribe, la transformación victoriana de la ciudad no puede considerarse demasiado cualificada. La arquitectura institucional de Londres, y buena parte de la privada, se había construido en la manera clásica desde que Inigo Jones, a principios del siglo XVII, introdujo el clasicismo italiano como arte oficial. Los gloriosos nombres de Jones, Wren, Hawksmoor, Vanbrugh, Gibbs, Burlington, Kent, Soane y Nash, entre otros, están unidos a ese logro colectivo y variado del Londres clásico, tanto más importante cuanto que la arquitectura debía por sí sola lograr un orden que la ciudad no daba. Puede considerarse que la apertura de Portland Place y Regent Street, del Park Crescent a Waterloo Place, realizada por John Nash a iniciativa del Príncipe Regente en el siglo XIX (apertura que, por cierto, elogia Rasmussen) fue la culminación del Londres clásico después de más de 2 siglos de intensidad. A él pertenecen las *Squares* y el caserío georgiano del que hemos hablado.

Pero el ideal clásico fue barrido por el romántico al mediarse el siglo y éste completó y transformó la ciudad durante el rico y largo reinado de la reina Victoria, y después todavía. El Londres blanco y clásico fue sustituido por un Londres de ladrillo rojo, profusamente decorado, obsesivamente neo-inglés, medievalista y Tudor, y que es el estilo que en buena medida las gentes identifican con la ciudad. El tipo de las casas georgianas no desapareció, aunque si su sobriedad estilística y, también, las *squares*. Los edificios empezaron a ser más altos y de propiedad horizontal. Un aire anticuado y algo cursi se apoderó de la ciudad, que debió soportar desde entonces dos caracteres muy diversos en lucha por imponerse. Puede decirse que es en el río Támesis, verdadera fachada de la urbe, donde se exhiben los dos caracteres mediante dos edificios excepcionales. En el este y en la orilla sur, fuera de la ciudad propiamente dicha, puede verse el gran Hospital de Greenwich, de Wren y Hawksmoor, una de las imágenes clásicas más cualificadas y brillantes de Europa. En el oeste y en la orilla norte, en el mismo Westminster, las Casas del Parlamento se asoman igualmente al río, ofreciendo a su vez el mejor neogótico del mundo. Bien es cierto que a la mitad, y en la City, la poderosa silueta de St Paul, de Wren, deja claro cuál es el carácter más cualificado y dominante. Un edificio y un carácter que los victorianos odiaban al considerarlo como no británico.

Acerca de esto Rasmussen no dice nada, pero no trata tampoco el que me parece principal problema de la ciudad. Obsesionado el profesor danés por elogiar la virtud de que Londres no tenga centro (en rigor, tenía más de uno, y ahora grandes áreas centrales, como cualquier metrópoli moderna), no llega a observar el hecho de que su elemento configurador principal, el río, no llega a constituirse como un lugar o sistema lineal verdaderamente central, tal y como ocurre en París y en Roma, y que, por el contrario, jugó y juega el papel de separación y borde entre el centro y el suburbio. En la City el asunto es bien claro, y hasta puede observarse como el área próxima al Támesis es un área algo degradada y de menor importancia. Al otro lado, en el sur de la City (un sur muy relativo, pues está más al norte que Westminster, aunque

sea el sur del Támesis), el gran barrio de Southwark, en realidad en posición central, es un suburbio por estar al sur del río.

Pero este problema fue claramente visto en el inmediato pasado. Pues, contrariamente a la City, Westminster se asoma al río, o al menos así lo hacen el Parlamento y algunos otros edificios institucionales, reclamando con ello una situación central para el Támesis. El edificio construido para el London County Council, realizado a principio de los años 30 por Ralph Knott en un clasicismo tardío poco interesante, se situó sin embargo en la orilla sur (en el South Bank, en Lambeth), y dando notorio frente al Parlamento; esto es, respondiendo a su iniciativa. Esta situación estaba reforzada por la posición de la Waterloo Station. Pero, arquitectónicamente hablando, fue sostenida después, y sobre todo, por el magnífico edificio del grupo de Leslie Martin (y de Robert Mathew), el Royal Festival Hall, realizado a principio de los años 50, dentro de lo que fue el área del "Festival of Britain", y que quedó como edificio permanente. Y más adelante, también, por el no menos estimable National Theatre, de Denys Lasdun, y construido de 1967 a 1977. Así, pues, en este punto, el río ha alcanzado un importante carácter central, muy beneficioso para la ciudad, y que desmiente por fortuna su inveterada tradición al respecto. La construcción de una noria destinada a gozar de las vistas de la ciudad es un reciente atractivo turístico que ha aumentado también la condición central de esta importante zona fluvial.

Pero también en la parte norte de Southwark, enfrente de la City, se ha realizado muy recientemente, como es sabido, la transformación de la *Bankside Power Station*, magnífico edificio de central eléctrica construido por Giles Gilbert Scott en 1955, que se ha convertido en el nuevo museo *Tate Modern*, realizado por Herzog y De Meuron. Este nuevo museo trata de unirse con la City, creando así una situación central presidida por el río, si bien el ansia de garantizar esta unión y la desconfianza histórica que se tiene con Southwark ha hecho que se construya una pasarela ad hoc para unir la nueva Tate con la zona de St Paul. Es casi un cordón umbilical que habla de la inseguridad urbanística que se ha tenido en esta operación, el miedo histórico al viejo barrio sureño, espiritualmente tan lejos de London que hasta tiene otra catedral y otro obispo. Hubiera sido mejor dejar a la Tate Modern sola, y que el público tuviera que ir a ella mediante la estación de metro Southwark, u otros transportes, y no desde la zona de St Paul y su estación de metro, algo más lejos en realidad. Como si la gente tuviera que ser tutelada.

No obstante, el asunto está consumado. Como con la edición española del libro de Rasmussen, más vale tarde que nunca. Ahora, incluso el nuevo edificio municipal (de Foster, una banal construcción pseudo-esférica), al otro lado del río y contiguo al London Bridge, han consolidado esta situación todavía en otro lugar, el más antiguo de la ciudad. El barrio con más futuro de Londres es Southwark, como demuestran ya sobradamente las muchas operaciones especulativas que están surgiendo en él. Y el Támesis se irá consolidando cada vez más como el verdadero centro de la metrópoli.

El libro, como ya dije, no observa nada de este problema, quizá más difícil de percibir en aquellos tiempos al contemplar el gran ancho del Támesis, de mucha más dimensión que el Sena y el Tíber, y así con una vocación central más difícil. Y al dar por sentada la consideración

suburbial de los barrios al sur de las aguas fluviales. Al dar por sentado, como bueno, todo lo que Londres era, por su crecimiento espontáneo, “natural”.

Valgan los apuntes anteriores para completar y actualizar un tanto un estudio que, pese a lo que fuere y a lo ya dicho aquí, es un libro muy valioso, pues probablemente sea el estudio más importante y completo que se ha escrito hasta ahora sobre la capital británica.

Antón Capitel

Londres, enero de 2011